

Introducción

Hace algo más de una década que los estudios sobre globalización y territorio, en el campo de la geografía, vienen aportando elementos explicativos para los acelerados cambios de las formaciones socioespaciales latinoamericanas. Quizás, uno de los aspectos más interesantes sea que, en nuestra disciplina, parece afianzarse la noción de territorio al mismo tiempo que, con total pertinencia, se enfatizan los vectores que ponen en cuestión la soberanía nacional y tienden a internacionalizar las fronteras y el espacio nacional.

No debemos olvidar que, a pesar de la permanencia de la idea de territorio y de otras ideas fundadoras, diversas nociones procedentes de otras provincias del saber fueron incorporadas a nuestro campo y, muchas veces sin el necesario esfuerzo epistemológico de transformar categorías externas en categorías internas, acabaron por volverse metáforas. A menudo hemos participado de debates puramente adjetivos, cuya legitimidad fue sustentada por el prestigio de las disciplinas de origen de los conceptos, o por la perturbación ejercida por ciertas agendas y fondos de investigación ajenos a nuestras realidades. Otro problema ha sido la extrema especialización dentro de la propia geografía, que ha conducido a ignorar la necesidad de fortalecer un núcleo epistemológico. Verdaderos estorbos para el entendimiento de la historia contemporánea del territorio usado por la sociedad y para la consolidación y renovación de una teoría geográfica crítica.

No obstante, numerosos han sido los enfoques sustantivos que permitieron esbozar retratos fieles de la transformación de los territorios nacionales latinoamericanos en los últimos años. Hoy nos encontramos en una encrucijada, que exige de la geografía un potencial explicativo aún mayor para avanzar en la comprensión del uso corporativo del territorio, de los mecanismos de la racionalización del espacio geográfico y de los verdaderos confines de tal proceso. Esta época, tal como vivida en nuestro continente, parece evidenciar que los límites de la racionalidad, circunscritos a sólo algunas pocas rendijas, van ganando ahora extensiones e intensidades tan grandes que demandan la formulación de nuevos

* Doctora en Geografía. Profesora en el Departamento de Geografía de la Universidade de São Paulo, Pesquisadora del CNPq (Conselho Nacional de Pesquisa e Desenvolvimento Científico e Tecnológico), Brasil.

esquemas de método. Las manifestaciones recientes de “irracionalidad” no admitirían la importación de interpretaciones nacidas en otras realidades.

En los días actuales, América Latina se revela como un verdadero medio técnico-científico-informacional, hecho de luces y sombras, luminosidades y opacidades. Ese medio racional nos llama a entender su funcionamiento, sus tendencias, sus límites, sus resquebrajamiento y fisuras. Verticalidades, flujos, áreas luminosas, grandes sistemas de ingeniería, redes, nuevas órdenes, formas de organización y políticas planetarias, así como la producción incesante de normas tanto de la esfera pública como privada son manifestaciones del proceso de racionalización del espacio.

Si, como enseña Max Weber (1923, 1991, p. 26), el racionalismo económico está fundado en el cálculo¹ y, como explica Milton Santos (1996), la novedad de nuestro período es la racionalización del espacio geográfico, podemos decir que el cálculo se volvió el fundamento de la técnica, contenido constitucional del espacio geográfico o territorio usado². Además, la intrínseca relación, conexión o indisolubilidad entre la técnica y la estructura de la acción que definen el espacio se refuerza en el período actual, gracias al cálculo que busca presidir todas las dinámicas tecno-sociales. Ese fenómeno nos recuerda las palabras de Marcuse cuando se refería a la técnica como una dominación metódica, científica, calculada y calculante sobre la naturaleza y el hombre. Los objetos técnicos, que progresivamente fueron mediando las relaciones entre los hombres, contribuyen hoy para producir acciones tecnificadas. Las acciones, inspiradas en técnicas como la propaganda o los procedimientos electorales por ejemplo, normatizan las relaciones entre las personas. De allí que muchas veces, tanto en el debate intelectual como en el político, nos conformemos con discutir técnicas de acción y no verdaderas acciones políticas y también que aceptemos respuestas técnicas travestidas de respuestas políticas.

Evidentemente, las tentativas de organizar racionalmente el espacio no son nuevas y han atravesado los siglos. Max Weber (1923, 1991, p. 372) pudo escribir que la empresa, la contabilidad, la técnica y el derecho racionales engendraron el

¹ En su obra *Economía y Sociedad* (1922, 1969, I, p. 64) Max Weber afirma “llamamos *racionalidad formal* de una gestión económica al grado de cálculo que le es técnicamente posible y que aplica realmente. Al contrario, llamamos *racionalidad material* al grado en que el abastecimiento de bienes dentro de un grupo de hombres (cualquiera que sean sus límites) tenga lugar por medio de una acción social de carácter económico orientada por determinados *postulados de valor* (cualquiera que sea su clase), de suerte que aquella acción fue contemplada, lo será o puede serlo, desde la perspectiva de tales postulados de valor”.

² Consideramos la idea de territorio usado como sinónimo de espacio geográfico (Milton Santos, 1994; Milton Santos y María Laura Silveira, 2001), es decir, como el conjunto indisociable, solidario y contradictorio, de sistemas de objetos y sistemas de acciones (Milton Santos, 1996) o, en otras palabras, al territorio usado con elementos materiales e inmateriales por actores de fuerza diversa.

capitalismo, aunque todo ese proceso histórico no se dio sin un modo de pensar racional, una racionalización de la manera de vivir, un *ethos* económico y racional³. Entretanto, de la convicción saintsimoniana de organizar el territorio a partir de redes ferroviarias al proyecto norteamericano de la *Global Information Infrastructure*, la nueva geopolítica de las redes y la era tecnocrática de Brzezinski, el pensamiento fundado en el cálculo y la razón científica se ha capilarizado en el ecumene.

Insistimos, entretanto, en que una de las novedades del período es el desarrollo de las técnicas de acción⁴, abrigo de una nueva racionalidad. Podría decirse, entonces, que las técnicas de acción son normas. Como el cálculo de su eficacia ya fue realizado, ciertos procedimientos técnicos se instituyen como moldes para comportamientos futuros y de allí su naturaleza normativa. La idea de geotécnica, según la bella expresión de André Fel (1978), adquiere nueva actualidad y podríamos ampliar su acepción no sólo a los objetos técnicos sino también a las formas de hacer. El espacio, en su existencia material y social, se vuelve, al mismo tiempo, destino y origen de tales técnicas de acción. Por lo tanto, la inflexibilidad, en la medida que es un dato de la actual regulación, es también un elemento constitutivo del nuevo espacio. De allí que, en muchas de sus configuraciones, el espacio se haya vuelto una prisión para aquellos hombres menos capaces de ser veloces e inflexibles.

Las áreas menos tecnificadas, capaces de permitir acciones más libres, o las acciones que no están basadas en técnicas de acción aparecen como manifestaciones de "irracionalidad". Las grandes metrópolis latinoamericanas, sede de la más aguda racionalidad del período y por eso de la producción ampliada de escasez, aparecen también como abrigo de manifestaciones "irracionales", entre ellas el circuito inferior de la economía urbana⁵.

Uso corporativo del territorio en el período de la globalización

Podemos definir las variables que comandan el período actual como un sistema de ciencia y técnica, con especial relevancia de la técnica informacional o, en otros términos, un complejo de objetos y formas de hacer impregnados de una cierta información que obra como su energía. Esta técnica ha permitido aumentar el

³ Recordemos que Lukács (1959) critica el pensamiento de Max Weber sobre racionalización porque, según él, no entra en los verdaderos problemas económicos del capitalismo.

⁴ En su obra *A Natureza do Espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção*, escrita en 1996, Milton Santos señala el significado de la técnica de la acción.

⁵ La economía urbana puede ser estudiada diferenciando las actividades y la población a ellas asociada en función de los diversos grados de tecnología, capital y organización. Cuando éstos son altos, se trata del circuito superior, incluyendo su porción marginal; cuando son bajos, es el circuito inferior (Milton Santos, 1975).

contenido científico de los objetos y de las acciones, su alcance territorial, su eficacia y su tendencia a la unicidad⁶. Entre otros autores, Deforge (1994) se refería a la científicización de los objetos, pero cuando hablamos de técnicas de acción nos referimos también al hecho de que la técnica informacional permite insuflar las acciones de un cálculo previo, de una normatización, en fin, de una racionalidad. De ese modo, la internacionalización se consolida, al ritmo de una razón global, aún cuando se trate de la difusión mundial de un enfoque particular o sectorial, es decir, un sistema técnico particular o una técnica de acción sectorial.

En las áreas más modernas en virtud de la presencia densa de tales variables, las grandes corporaciones pueden desenvolver comportamientos racionales, adaptados al cálculo que originó tales áreas. En el campo, la incorporación masiva de la química y la biotecnología es un ejemplo de la inflexibilidad de las nuevas técnicas de acción en los procesos productivos. En las ciudades, existe una necesidad recíproca entre ciertas porciones del medio construido y la dinámica de los actores más poderosos. Las empresas dotan de racionalidad al medio construido, y éste transfiere racionalidad a las empresas. Una relación biunívoca y coherente de los agentes corporativos creando escasez para los demás actores, a menudo con la connivencia y el apoyo del Estado.

El territorio, cargado de técnica, crea así una compartimentación de la interacción humana. Pero es la compartimentación de la interacción humana que produce, al mismo tiempo, la escasez desde el punto de vista del territorio. Las redes son un ejemplo de compartimentación de infraestructuras y procesos.

Sin embargo, no podemos olvidar que los nuevos contenidos de ciencia y técnica son incorporados al territorio bajo el comando del mercado, pues éste es quien dictamina la forma en que la ciencia debe producir la técnica considerada necesaria a los procesos de modernización. Es esa métrica mercantil del movimiento del espacio geográfico la responsable por la emergencia, aquí y allí, de manifestaciones de "irracionalidad". Como asevera Anthony Giddens (1984a, p. 249) "la tendencia general a la racionalización que se hace sentir en Occidente constituye el resultado de la interacción de numerosos factores, de los cuales el principal fue tal vez la expansión del mercado capitalista". Podríamos decir que la ampliación de la escala de producción y circulación lleva a la necesidad de implementar objetos y formas de trabajo tan

⁶ Nos referimos a las tres unicidades que definen el período actual: unicidad de las técnicas, convergencia de los momentos y unicidad del motor. Simplificadamente podemos decir que la primera alude a la tendencia a la imposición de un único sistema técnico, la segunda es la instantaneidad de la información y la tercera el comando por un puñado de actores globales de la producción de plusvalía (Milton Santos, 1996).

ajenas a los lugares que crean comportamientos alienados: la racionalidad se vuelve irracionalidad.

Esos contenidos, desigualmente difundidos, hacen escasas las áreas equipadas y productivas desde el punto de vista de la racionalidad hegemónica. Se amplían y se aceleran las disputas por la localización, por la accesibilidad, por la proximidad y por los recursos limitados. Los lugares destinados a las actividades hegemónicas son el retrato de la intencionalidad que preside su creación. Preparados para ejercer funciones más precisas, esos lugares tienen su valor específico realzado. Se forma el fundamento de una nueva escasez, una nueva segregación espacial, una nueva teoría del valor y una nueva realidad de la ley del valor. Cada lugar se vuelve capaz, en razón de tales virtualidades, de dar valor a los objetos que sobre él se construyen, del mismo modo que los edificios funcionalmente adecuados transfieren valor a las actividades para las cuales fueron creados.

Para comprender la naturaleza de esas disputas es necesario mirar, con mayor detenimiento, las lógicas del Estado y del mercado, ya que ellas imprimen diferencias en el uso y en la distribución de los recursos. Las normas públicas y privadas perfeccionan el uso de los objetos técnicos, imponen las técnicas de acción y, en consecuencia, el funcionamiento de las áreas luminosas. Las normas del Estado son, frecuentemente, impregnadas por el mercado y, por consiguiente, los resultados alcanzados dependen más de una cooperación compulsoria y menos de una disputa regulada entre la Nación y las fuerzas de la globalización.

Marc Guillaume (1978, pp. 106-107), discutiendo la cuestión de la homogeneidad de las esferas del mercado y del Estado, sugiere distinguir entre una métrica mercantil y una métrica burocrática. Al tiempo que la primera encamina la sociedad a una cierta globalidad precedente de la producción, del ingreso y del consumo, teniendo una de sus manifestaciones en los antagonismos entre individuos, clases sociales, firmas, regiones y países, la ideología de la métrica burocrática tiende a recomponer el sujeto social dividido por la existencia de métricas específicas. Diversas jerarquías se imponen al territorio, aumentando la compartimentación de su uso, especialmente cuando la función de recomposición del Estado es sustituida por el código de la mercadería.

A partir de esa dialéctica entre Estado y mercado se va completando no sin contradicciones, como vemos recientemente en las diferentes formaciones socioespaciales latinoamericanas, la racionalización del espacio geográfico, gracias a la estandarización, a la normatización, a la obediencia al reloj, al grado de artificialidad y al sistemático proceso de reducción de hechos, instrumentos, fuerzas y medios a cada intervención técnica (Milton Santos, 1996). La totalidad socioespacial

es fundamentalmente movida por la razón de mercado, a través de un cierto consumo y una cierta producción.

Son particularmente las firmas hegemónicas que producen y utilizan los espacios dotados de mayores agregados en ciencia, tecnología e información. Como vimos, sus acciones segmentadas contribuyen para consolidar la compartimentación del espacio. Y esa compartimentación se completa con la construcción de macrosistemas técnicos, en el decir de Joerges (1988) y Gras (1993), esto es, sistemas técnicos como los grandes aeropuertos o hidroeléctricas, sin los cuales otros sistemas no funcionarían. A menudo, su localización, su naturaleza y su uso no son ajenos a las demandas que las corporaciones hacen al Estado. De esos macrosistemas técnicos podría afirmarse que se trata de manifestaciones de aquel proceso que, en los años 1970, ya Christian Topalov (1974) había reconocido como socialización capitalista pues, si el dinero para su construcción es retirado de la sociedad como un todo, su uso sólo beneficia a los grandes capitalistas.

Nuestro continente ha testimoniado, en los últimos quince o veinte años, un proceso de esas características, tantas veces agravado por una especie de socialización capitalista bifronte porque, en tiempos de Consenso de Washington, varias infraestructuras de grande monta fueron construidas por corporaciones que, después, lucraron explotando el uso público. Las grandes redes viales e infoviales ayudan a entender el proceso que estamos intentando describir.

La información y las finanzas, propias de las dinámicas corporativas, se erigieron, de ese modo, como causa y consecuencia de la constitución de territorios reticulares. La información y la comunicación actuales son, en general, unilaterales, altamente tecnificadas y, aún cuando puedan ser bidireccionales, son extremadamente normatizadas. La raíz de la palabra cibernética es la misma de la palabra gobernador. Informar es también gobernar.

Los cálculos de función y productividad crean una solidaridad mercantil, cuya manifestación son las normas destinadas a incorporar, en la sociedad, un “espíritu de cálculo y de previsión” buscando “aparecer como incontestable porque la racionalización es la atmósfera de la cual se alimenta” (Pierre Bourdieu, 1963, 1979, p. 15).

Esos datos pueden ser señalados como elementos creadores de racionalidad para las grandes corporaciones y, por eso, creadores de irracionalidad para el resto de la sociedad. J. Remy e L. Voyé (1981, p. 55) reconocen una multiplicación de normas que permite generalizar los puntos de cálculo – de autonomía – y los puntos controlados – de dependencia. Una norma crea otras, afirma Jacques Ellul (1964, p. 172), en aquello que M. Guillaume (1978, p. 167) denomina “producción de la

organización y de la normalización”. Podríamos quizás hablar de sistemas de normas porque éstas, como los objetos a los cuales regulan, constituyen familias, solidarias internamente, pero con vocación para sustituir el conjunto normativo vigente, en busca de hacer más eficiente el uso del territorio y homogeneizar las razones locales.

Una segmentación normativa, a menudo, antecede y crea la compartimentación del territorio. Son normas racionales-legales, explica Anthony Giddens (1984b, pp. 70-71), que, creando una “forma rutinizada especifican procedimientos y hacen posible el cálculo económico exacto”. La técnica, el derecho, la economía, la sociedad se vuelven progresivamente racionales, producto del cálculo y fuente de acciones calculadas. Los lugares pasan a ser productivos para una actividad determinada y eficaces para abrigar la racionalidad instrumental. En esos puntos la división territorial del trabajo hegemónica es más pura, sin los obstáculos de la presencia de remanentes de divisiones pretéritas del trabajo, aliadas a antiguas formas materiales, jurídicas y culturales. Son puntos inteligentes y luminosos pero, parafraseando a Max Weber (1904-1905, 1958, p. 194) cuando se refiere a las cosas, podríamos decir que ningún lugar es irracional en si mismo, sino sólo desde un punto de vista racional particular. El territorio, tal como es usado en los diferentes lugares, es un vector de desconstrucción o deformación de la razón global y, así, puede ser entendido como norma para las acciones en curso.

Con diferencias más o menos profundas entre las naciones latinoamericanas, el proceso de privatizaciones de los servicios públicos, del sector de energía y telecomunicaciones, entre tantos otros, ha demostrado una clara subordinación de la métrica estatal a la métrica mercantil. Como el poder público dejó en manos de las corporaciones la producción y distribución de bienes y servicios de naturaleza universal, la brecha entre los que pueden pagar y los que no pueden hacerlo, en las esferas más básicas de la vida, aceleró la producción de escasez en diversas camadas sociales y en diversos lugares. Se trata de un *handicap* que no podrá subsanarse más adelante.

Ante ese abandono del Estado, sumado a la incapacidad de acceder a ciertos bienes y servicios de la economía superior oligopolizada, la población más pobre desarrolla actividades capaces de satisfacer las demandas de otros pobres y de generar trabajo. Estamos refiriéndonos a las actividades con bajo grado de capital, tecnología y organización – el circuito inferior de la economía urbana – que aumenta sin cesar y, al mismo tiempo, ve crecer su distancia del circuito superior.

La aceleración de la producción y acumulación de riqueza en el circuito superior acaba por crear, como se ha dicho en diversas ocasiones y a la luz de diversas teorías, un aumento del desempleo que se ha convertido en estructural. A la

desocupación de mano de obra de las firmas se sumó la reducción del aparato del Estado con la demisión de empleados públicos. Frecuentemente y como corolario se ha hablado de estrategias de supervivencia, de subempleo y aún de sector informal. Más allá del mayor o menor poder explicativo de varias de esas propuestas, poco se ha reconocido el peso de las demandas insatisfechas y su papel motor en la creación de una economía de abajo para arriba, de una economía pobre, de un circuito inferior de la economía urbana.

Como esas capas de la población urbana no se calcan en los rígidos parámetros del cálculo al que ya aludimos, han sido a menudo vistas como irracionales y, por lo tanto, sus lógicas son objeto de programas de inclusión en la economía formal, susceptible de cálculo, de planificación y de mensuración estadística. Tarea del poder público en sus diferentes segmentos o de grandes corporaciones hoy tan preocupadas con la denominada responsabilidad social empresarial, ese ejercicio de inclusión ha sido aconsejado, desde algún tiempo, por los organismos financieros internacionales.

Aunque no ignoramos la complejidad de las ecuaciones de la previsión social, sus equilibrios inestables, sus distorsiones y su incapacidad de cubrir buena parte del espectro social, no podemos mecánicamente atribuir al creciente circuito inferior, forma inevitable de supervivencia en formaciones socioespaciales capitalistas dependientes, la causa profunda de semejantes desequilibrios macroeconómicos. Cabe decir, también, que no necesariamente el circuito inferior se confunde con el sector informal, sobre todo cuando la definición de este último se reduce a una mera cuestión impositiva. La más reciente preocupación de los organismos financieros internacionales con la “formalización” de nuestras economías parecería señalar una modalidad más de racionalización del territorio o de adecuación de la realidad a los cálculos previamente realizados. Existen motivos para imaginar que se trate de un nuevo discurso de inviabilidad del Estado, por ventura útil a las nuevas dinámicas de los fondos de pensión quienes, después de obtener ganancias fabulosas en algunos de nuestros países contribuyendo a aumentar la distancia entre ambos circuitos, ya no alcanzan las expectativas de lucro y pueden abandonar los países.

Algunos organismos internacionales han reconocido el papel de los planes de ajuste macroeconómico y de la liberalización de los años noventa en el aumento de la exclusión socioterritorial al discutir, como en el informe de las Naciones Unidas *The challenge of the slums: global report on human settlements 2003*, la situación de las villas miseria y del sector informal.

Cuando el Estado renuncia a capilarizar servicios sociales como educación, salud y previsión social y, al mismo tiempo, organiza el territorio para garantizar la

acción de oligopolios, se vuelve responsable por tal brecha entre el circuito superior y el circuito inferior.

Una de las principales manifestaciones de semejante distorsión es la ingobernabilidad de nuestros territorios nacionales, regiones y ciudades. Frente a eso asistimos a una profusión de normatizaciones globales, vinculadas a la política pública y corporativa, allí incluidas las modalidades de gobernanza.

El resultado es una aguda burocratización de nueva naturaleza, una herencia paradójica de aquello que constituyó el discurso de inviabilidad del aparato estatal de los años ochenta y noventa. Antesala de las privatizaciones, ese discurso afirmaba que las estructuras del Estado eran pesadas, demasiadamente burocráticas, un obstáculo para el proceso de modernización. Años después de la aplicación de las recetas del Consenso de Washington⁷, vemos que las naciones y las empresas fueron impelidas a crear importantes estructuras organizacionales para producir y aplicar la miríada de normas asociadas a la intensa tecnificación de la base material y de la acción, con una importante redundancia en los procesos de información y comunicación. La dinámica de las empresas frente a estas nuevas variables del período ha sido, entretanto, divergente. Según su poder, las empresas han podido adaptarse en mayor o menor grado a las nuevas configuraciones y esa participación acaba por constituir un indicador de su inserción en el circuito superior o en la porción marginal de tal circuito. Aquellas que no han podido alcanzar el nivel pretendido son consideradas atrasadas desde el punto de vista de la regulación de calidad y de circulación, entre otros parámetros. Para ser moderno es necesario exteriorizarse y no sólo por el hecho de ganar mercados externos, sino también por la participación en un proceso de racionalización de las acciones. Parece tratarse no ya de una burocracia pública sino más bien una burocracia privada globalizada.

En síntesis, todo ese proceso ha obligado a las firmas a desarrollar una fuerte burocracia interna, espejada en las normas internacionales de calidad, control, verificación, producción y circulación, con las respectivas fiscalizaciones a escala nacional. De ese modo, vemos que el papel de la organización gana una fuerza antes nunca vista como diferenciador entre las empresas más poderosas y las menos poderosas. Es un conjunto de técnicas de acción, de normatización de las acciones destinadas a manipular los objetos técnicos, de estructuración de la división social y territorial del trabajo. De modo que hoy, para insertarse en la división territorial del trabajo hegemónica, es necesario no sólo un cierto capital y una tecnología propia al

⁷ Varias situaciones latinoamericanas fueron tratadas, entre otros, por Gustavo Montañez Gómez, Daniel Hiernaux-Nicolás y Delfina Trinca Figuera en Silveira, M.L. (org), *Continente em chamas. Globalização e Território na América Latina* (2005).

sistema técnico vigente, sino también una forma de organización en consonancia con las regulaciones internacionales. Una de las consecuencias de ese proceso es el crecimiento del número de profesiones, acompañando a la brutal disminución del número de empleos. La falta de inserción de la mayor parte de la población en esa división territorial del trabajo hegemónica es causada, entonces, por un doble motivo: de un lado, el desempleo estructural y, de otro, el abandono del poder público en la educación de los ciudadanos.

Como las demandas básicas continúan y otras nacen al sabor de la propaganda, su insatisfacción es el motor de la porción marginal del circuito superior y del circuito inferior que, a veces de forma caricatural pero también creativa, hacen participar a gruesas camadas de la población en una estructura globalizada de producción y consumo.

Tal proceso contradictorio nos lleva a imaginar que ese conjunto de técnicas de la acción, que se volvió el núcleo de la política, de la educación, de la salud, de la previsión social, del trabajo y del empleo, ligados a la economía superior, indica un estadio supremo de racionalización del territorio.

Las nuevas solidaridades organizacionales, fundadas en racionalidades de origen distante, son responsables de la profunda modernización de diversas regiones, en las cuales se instala la base material y las técnicas de acción más puras de la actual división territorial del trabajo. Es el caso de la más reciente prospección y explotación de minerales, petróleo y gas, de la agricultura y ganadería científicas, y de diversas filiales fabriles de grandes corporaciones globales. Es indiscutible la instalación de la modernidad en tales regiones, aunque su crecimiento deba más a los vectores de la globalización que a un proyecto de desarrollo endógeno.

Es la consecuencia de la instalación de divisiones territoriales del trabajo particulares, que el discurso presenta como los fundamentos necesarios e ineluctables de la división territorial del trabajo de la nación. Aquí las palabras de Habermas (1968, 1994) resultan reveladoras cuando dice que la racionalización de la sociedad depende de la institucionalización del progreso científico y técnico y que, cuando tenemos nuevas instituciones, surgen nuevas legitimaciones, en un momento en el cual asistimos a la imposibilidad técnica de ser autónomos. La microeconomía de las grandes corporaciones es confusamente presentada como necesidad de la nación, fundamento de la elaboración e implementación de un destino para el país. No es más que un nuevo estadio de la internacionalización de la economía de nuestros territorios nacionales, y eso puede también ser llevado a cabo por gobiernos con buenas intenciones políticas.

Dinámicas racionales, dinámicas “irracionales”

El territorio nacional se vuelve un enrejado de topologías corporativas pues, en su geometría global, las grandes empresas hacen del espacio de un país solamente un recurso. Pero hay un conjunto grande de firmas, cuyas acciones no superan las fronteras nacionales y, evidentemente, un conjunto de situaciones intermedias, desde grupos nacionales hasta pequeñas empresas de barrio, como es el caso del circuito inferior de la economía urbana.

Ese es el retrato del trabajo colectivo en el territorio nacional, una organización compleja y a veces difícil de desentrañar. Se observan, por ejemplo, nuevos conflictos entre el *agribusiness* y las formas agropecuarias tradicionales en nuestros países, entre el dominio de los hipermercados que dominan el sector minorista y los pequeños almacenes de barrio en nuestras ciudades. Todo un conjunto de situaciones geográficas indica que esa filigrana de divisiones del trabajo no se hace sin formas de cooperación que son, a su vez, altamente conflictivas, pues la cooperación es también competencia: entre empresas poderosas, entre éstas y otras subordinadas, entre empresas y Estado en sus diversos segmentos.

Las grandes corporaciones son productoras y usuarias de la tecnociencia, producen la información que necesitan para sí y aquella indispensable para convencer a los otros de su superioridad, y comandan los resortes financieros. De allí su condición de globalidad y hegemonía. Tejen relaciones verticales en los lugares y, cuando parecen horizontalidades, son frecuentemente falsas. Esas relaciones verticales, vinculadas a su poder económico y político, se explican por lo efímero de sus ecuaciones de lucro. Es el circuito superior que entreteje relaciones absolutamente funcionales demandando aquello que necesita, extorsionando cuando las condiciones se vuelven insuficientes o partiendo cuando carece de perspectivas satisfactorias. Créase la sensación de que ese camino de modernización es ineluctable.

Cuanto mayor la racionalización del territorio, porque fundada en el cálculo, mayor la irracionalidad y el número de desconformes. Y cuanto mayor la irracionalidad, más necesidad de discurso para intentar producir convencimiento. En la medida que una sociedad alcanza tal punto de racionalización, surge un fuerte consumo de creencias económicas, políticas, culturales y religiosas de toda naturaleza, que muchas veces no advienen de las resistencias locales sino que son profundamente alienígenas.

¿Quién es racional y quién es irracional en tales situaciones de uso del territorio? Pues, como afirma Godelier (1967, p. 312), “no hay racionalidad en sí misma, ni racionalidad absoluta”. O tal vez la cuestión explicativa mayor sea saber

quién, en determinadas circunstancias, puede imponer su razón como forma de regular a los demás.

Por diferencias de poder económico y político especialmente, pero también de localización, cultura y conciencia, entre tantos otros elementos, los actores no tienen igual fuerza en la toma de las reales posibilidades del período, emparentadas como están con el complejo de tecnociencia, información y finanzas. Esa toma de posibilidades que constituye el devenir puede ser analizada por eventos o acontecimientos de naturaleza diversa: acontecer homólogo, complementar y jerárquico (Milton Santos, 1996).

El acontecer homólogo es la base de la construcción de áreas modernizadas, generando contigüidades que dan contornos a un área, como una región agrícola, un distrito industrial específico o cualquier otro tipo de especialización territorial productiva, inclusive urbana (Milton Santos, 1996; Milton Santos y María Laura Silveira, 2001). La modernización del campo, de la energía, de la minería o inclusive la ocupación de lugares hasta ahora vacíos resultan de ese tipo de acontecer. Sin embargo, como ese acontecer no se realiza sin la generalización de la información, puede crear también horizontalidades. La presencia de la información contemporánea, aunque no se trate de información hegemónica, permite a los pobres usar algunas variables de la época como ciertas técnicas modernas. El entendimiento de ese fenómeno exorciza el riesgo de ver la pobreza como “ahistórica”, como resultado del “atraso” o, inclusive, como dicotómica en relación a la riqueza. La pobreza es estructural, científicamente producida por la eliminación del acceso a bienes universales, aunque los pobres consuman y dispongan de objetos técnicos modernos. Este tipo de evento se da con la primacía de las formas y la relevancia de la técnica, incluidos aquí no sólo los objetos sino también las técnicas de la acción.

El acontecer complementar crea nuevas relaciones entre ciudad y campo y ciertas relaciones interurbanas, orientadas por las demandas de una producción y circulación modernas y territorialmente próximas. Es la modernidad de la ciudad intermedia, del trabajo urbano, incluyendo el transporte, las finanzas, los servicios técnicos – en definitiva el trabajo ligado a las variables-clave del período. Es lo que hace que nuestras ciudades intermedias e inclusive metrópolis regionales crezcan, tengan más flujos, aumente el consumo e inclusive el empleo, dando una sensación de modernidad y de elevación del nivel de vida. Se densifica la división del trabajo y, en consecuencia, la cooperación. De allí el frenesí del movimiento tanto material como inmaterial. También aquí las formas y las técnicas son centrales en la racionalización del espacio geográfico.

Por fin, identificamos el acontecer jerárquico, hecho de órdenes e información que provienen de un lugar y se realizan en otro como trabajo. Es el caso de las dinámicas explicadas anteriormente, que son limitadas por los intereses provenientes de otro lugar. El acontecer jerárquico alimenta la racionalización de las actividades, cuya especialización territorial es intensa y cuyo comando es concentrado. Los consumos son frecuentemente extranjeros o, cuando nacionales, fuertemente restringidos a ciertas camadas sociales y lugares. Son los eventos productores de información-secreto, que opera como una norma para organizar el resto del territorio con grandes redes y grandes extensiones subordinadas a esa lógica. La primacía de las normas y la relevancia de la política son centrales, aunque esta última sea cada vez más una política de las empresas con el papel activo y subalterno del poder público. De allí la alienación de los lugares, la modernización de la base material a partir de una socialización capitalista, la incorporación naturalizada de las nuevas técnicas de acción, la esquizofrenia del territorio, en fin, el crecimiento económico contemporáneo que está directamente relacionado a la producción de la pobreza.

La racionalización creciente resulta de la intensidad y velocidad del acontecer jerárquico. Las variables determinantes del período como la ciencia, la técnica, la información, la propaganda, las finanzas, el consumo impregnan los objetos modernos y el medio construido, las técnicas de la acción y la ideología de la modernización. De ese modo se establecen nexos extraños, cuyo papel es determinante, pero esa racionalidad no se completa sin la existencia de una racionalidad subordinada, como la porción marginal del circuito superior, tantas veces asociada a un acontecer complementario.

Como estamos frente a un proceso de racionalización más intenso y difuso que en otros momentos de la historia, hoy las variables determinantes se vuelven además variables dominantes. En otras palabras, los datos constitutivos de la tecnociencia – incluida la técnica informacional – y la fuerza de las finanzas invaden todas las esferas de la vida social, a pesar de las consabidas situaciones de exclusión. El resto de los actores son, a menudo, llamados “irracionales” y reducidos a sus acontecimientos locales. Esto no nos autoriza a imaginar que están fuera de la historia pues, al contrario, es la razón local en el uso de las variables determinantes. Éstas determinan la nueva naturaleza del espacio, porque son dominantes e impulsadas por el acontecer jerárquico, pero no siempre son adecuadas a la razón global y de allí su pretendida “irracionalidad”. Es otra división territorial del trabajo, aunque utilice los mismos materiales que componen la historia del presente, como los aparatos tecnológicos modernos para relaciones contiguas, el uso de técnicas actuales de propaganda combinado con el trueque y el fiado, por ejemplo. Todos esos eventos, realizándose

sobre un territorio ya usado, renuevan el movimiento desigual y combinado de producción de nuevas divisiones del trabajo.

En los discursos, el mercado suele ser presentado como una realidad unitaria, homogénea y global, que sólo puede satisfacerse con la división territorial del trabajo homogénea – el circuito superior de la economía. En verdad, el mercado es, al mismo tiempo, único y segmentado, heterogéneo, no moderno, mundial, nacional y regional. Por esa razón, permite la existencia de otras divisiones territoriales del trabajo, a las que también podemos denominar circuito superior marginal y circuito inferior de la economía. El mercado real es territorial y no una abstracción de la macroeconomía.

Metrópolis latinoamericanas: la racionalidad contemporánea en cuestión

La ciudad grande es el escenario más visible de la producción ampliada de la escasez y, por eso, no puede ser analizada como si estuviese calcada en los indicadores de la economía nacional. Es innegable que en varios de nuestros países algunas estadísticas muestran hoy un mayor crecimiento, pero la pobreza urbana revela la otra faz de la medalla: la oligopolización de la economía. Como en la ciudad grande todos encuentran su lugar, vemos la profusión de manifestaciones de un circuito inferior que es un resultado indirecto de la importante modernización oligopólica que alcanza el circuito superior. Muchas veces los discursos sectoriales nos informan sobre los desempeños macroeconómicos, con profundas abstracciones, mientras que la economía urbana que abriga la coexistencia de las divisiones territoriales del trabajo revela la fábula del presente. Por ejemplo, la producción de criaturas biotecnológicas que asegura las primeras posiciones en el mercado mundial de *commodities* agropecuarias no hace sino aumentar la productividad y la eficiencia de un circuito superior que se distancia aún más del circuito inferior en la ciudad. Lo mismo podría ser dicho de las brutales transformaciones inmobiliarias de nuestras grandes ciudades, que crean permanentemente la desvalorización de las demás porciones del medio construido.

Las funciones urbanas más modernas, aquellas que orientan su inserción en la actual división internacional del trabajo hegemónica, no pueden ser confundidas con la ciudad en sí misma. Conjunto de todos los instrumentos de trabajo y de todas las formas de hacer, la ciudad solamente podrá ser entendida al considerar la coexistencia de divisiones territoriales del trabajo, y no sólo las que responden a la racionalidad dominante. Una ciudad no es sólo el reino de las grandes corporaciones y de los grandes bancos, el reino del circuito superior, sino también el lugar del trabajo no especializado, de las producciones y servicios más comunes, de las acciones

vinculadas a los consumos populares – aquellas necesidades creadas por nuestro tiempo pero cuya respuesta no es dada a todos por la economía hegemónica (Milton Santos, 1975; María Laura Silveira, 2004).

Hoy, las metrópolis surgen como la sede de comandos vinculados a actividades modernas pero, al mismo tiempo, como el principal escenario de actividades de aglomeración – menos capaces de movilidad espacial o más capaces de florecimiento local – asociadas al circuito superior marginal y al circuito inferior de la economía urbana.

El proceso de urbanización tiene un papel relevante sobre el mercado, que crece y adquiere espesura y segmentación. En las grandes ciudades latinoamericanas, el número de pobres es importante. Si por la precariedad de sus ingresos, su demanda es menos frecuente, su número, siempre creciente, trae un cierto efecto de compensación. Las mayores ciudades reducen los costos de producción y circulación, pero esto es más relevante para los circuitos inferior y superior marginal.

La participación de América Latina en la globalización de la economía, de la regulación, de la política y de la cultura es evidente y eso se da paralelamente a una intensa metropolización. Por eso, la explosión del circuito inferior es concomitante con la enorme expansión urbana, tantas veces en la base de un proceso de urbanización sin industrialización. La crisis económica recurrente produce una extensión de las periferias pobres y un deterioro del medio construido urbano, que también se desvaloriza por la modernización de otras partes de la ciudad. Ese proceso está siempre acompañado por la multiplicación de actividades de supervivencia. De allí el apelo a la “irracionalidad” de esa economía pobre.

Una nueva demografía empresarial se presenta ante nuestros ojos. Natalidad, mortalidad, migraciones de empresas son procesos frecuentes y veloces. Si para las grandes corporaciones las fusiones son comportamientos racionales, las altas tasas de mortalidad son datos frecuentes para las firmas del circuito inferior.

El crecimiento de un circuito superior marginal residual se da por la incapacidad de modernizarse al ritmo impuesto por la época. Pero, paralelamente, la normalización, la relevancia y precedencia del trabajo intelectual, el carácter científico de las actividades y la expansión de los consumos son pilares del crecimiento de un circuito superior marginal emergente. Por eso, el circuito superior marginal podría ser visto como un laboratorio de la sustitución de una división territorial del trabajo por otra. La decadencia y emergencia de profesiones y empresas, vinculadas a las formas hegemónicas de hacer y de mandar, alcanzan directamente al circuito superior marginal. Mientras ciertos saberes se desvalorizan, otros surgen.

Si la velocidad de acumulación de lucro no es rápida, como lo alertan las premisas de la racionalidad, el dinamismo de las adaptaciones del circuito inferior y aún del circuito superior marginal es un dato de su racionalidad en tales condiciones.

Falta, a menudo, comprender el existencialismo territorial (Milton Santos, 2000), que es la forma de supervivencia de la mayor parte de la población. Pragmatismo más emoción en la búsqueda de soluciones que son vistas como irracionales, como formas de atraso, como economía tradicional. En el momento en que gran parte de la sociedad se muestra incapaz de ser racional en las nuevas condiciones y continúa trabajando cuando todo parece invitar a la usura, tal vez hayamos alcanzado a divisar, aunque de forma nebulosa, los confines de la racionalidad dominante.

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre (1963). *O Desencantamento do Mundo: Estruturas Econômicas e Estruturas Temporais*. Perspectiva, São Paulo, 1979.

DEFORGE, Yves. "L'évolution des objets techniques". In: Bibliothèque du Collège International de Philosophie, Gilbert Simondon. *Une pensée de l'individuation et de la technique*. Albin Michel, Paris, 1994, pp. 173-181.

ELLUL, Jacques. *The Technological Society*. Vintage, New York, 1964.

FEL, André. "La géographie et les techniques", in *Histoire des Techniques*. Encyclopédie de la Pléiade, Paris, 1978, pp. 1062-1110.

GIDDENS, Anthony. *Capitalismo e moderna teoria social*. Presença, 2 ed., Lisboa, 1984 (a).

GIDDENS, Anthony. *Sociologia – uma breve porém crítica introdução*. Zahar, Rio de Janeiro, 1984 (b)

GODELIER, Maurice. *Racionalidad e irracionalidad en Economía*. Siglo XXI, México, 1967.

GRAS, Alain. *Grandeur et dépendance. Sociologie des macro-systèmes techniques*. Presses Universitaires de France, Paris, 1993.

GUILLAUME, Marc. *Éloge du désordre*. Gallimard, Paris, 1978.

HABERMAS, Jürgen (1968). *Técnica e Ciência como "Ideologia"*. Edições 70, Lisboa, 1994.

JOERGES, Bernward, "Large Technical Systems: concepts and issues". In: MAYNZ, Renate y HUGHES, Thomas P. *The Development of Large Technical Systems*, Westview Press, Boulder Co., Campus Verlag, Frankfurt, 1988.

LUKÁCS, *El asalto a la razón*. FCE, México, 1959.

NACIONES UNIDAS. *The challenge of the slums: global report on human settlements 2003*.

REMY, J. e VOYÉ, L. *Ville, ordre et violence – formes spatiales et transition sociale*. PUF, Paris, 1981.

- SANTOS, Milton. *L'Espace Partagé. Les deux circuits de l'économie urbaine des pays sous-développés*. M.-Th. Génin, Librairies Techniques, Paris, 1975.
- SANTOS, Milton. "O Retorno do Território". In: SANTOS, M.; SOUZA, M.A.; SILVEIRA, M.L., *Território: Globalização e Fragmentação*, Hucitec-ANPUR, São Paulo, 1994.
- SANTOS, Milton. *A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção*. Hucitec, São Paulo, 1996.
- SANTOS, Milton. *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Record, Rio de Janeiro, 2000.
- SANTOS, Milton y María Laura SILVEIRA. *O Brasil: Território e Sociedade no início do século XXI*. Record, Rio de Janeiro, 2001.
- SILVEIRA, María Laura. "Globalización y circuitos de la economía urbana en ciudades brasileñas", in *Cuadernos del CENDES*, Caracas, v.3, n.57, 2004, pp. 1-21.
- SILVEIRA, María Laura (org.). *Continente em chamas. Globalização e Território na América Latina*. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2005.
- TOPALOV, C. *Les Promoteurs immobiliers*. Mouton, Paris, 1974.
- WEBER, Max (1904-1905). *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Charles Scribner's Sons, New York, 1958.
- WEBER, Max (1922). *Economía y Sociedad*. FCE, México, 1969.
- WEBER, Max (1923). *Histoire économique. Esquisse d'une histoire universelle de l'économie et de la société*. Gallimard, Paris, 1991.